

SONAR Bengla, ami tomay bhalabhashi» («Bengala dorada, te quiero») era la Marsellesa de Bangla Desh desde aquel día negro de 1971, el 25 de marzo. A un poema de Rabindranah Tagore («el de inmenso corazón», como le llamaba Juan Ramón Jiménez) le habían puesto música apresuradamente. El «Sonar Bangla» estaba en boca de todos, así como el «Joi Bangla» («Viva Bengala») y otros gritos improvisados. La guerra de independencia había sido tan rápida, que al pueblo, creo yo, le costaba tomar conciencia de su libertad recién ganada.

—¡Somos libres!, ¡somos libres! —les oía gritar desde los autobuses de la carretera de Jessore a Dacca.

La nación de Bengala (eso significa Bangla Desh o Bangladesh) había surgido «de facto» unos me-

MANUEL LEGUINECHE

YO HE VISTO NACER BANGLA DESH

ses antes, pero nadie hubiera dicho que la libertad llegaría después de catorce días tan sólo. Para sentir que eran libres necesitaban gritárselo unos a otros. «Joi Bangla», «Joi Bangla». Hay también una necesidad de ajustar las cuentas, de purificarse a través de la venganza.

—Ahora nos toca a nosotros —me decía, en Jessore, el 18 de diciembre, un guerrillero Mukti Bahini. («It is our turn».)

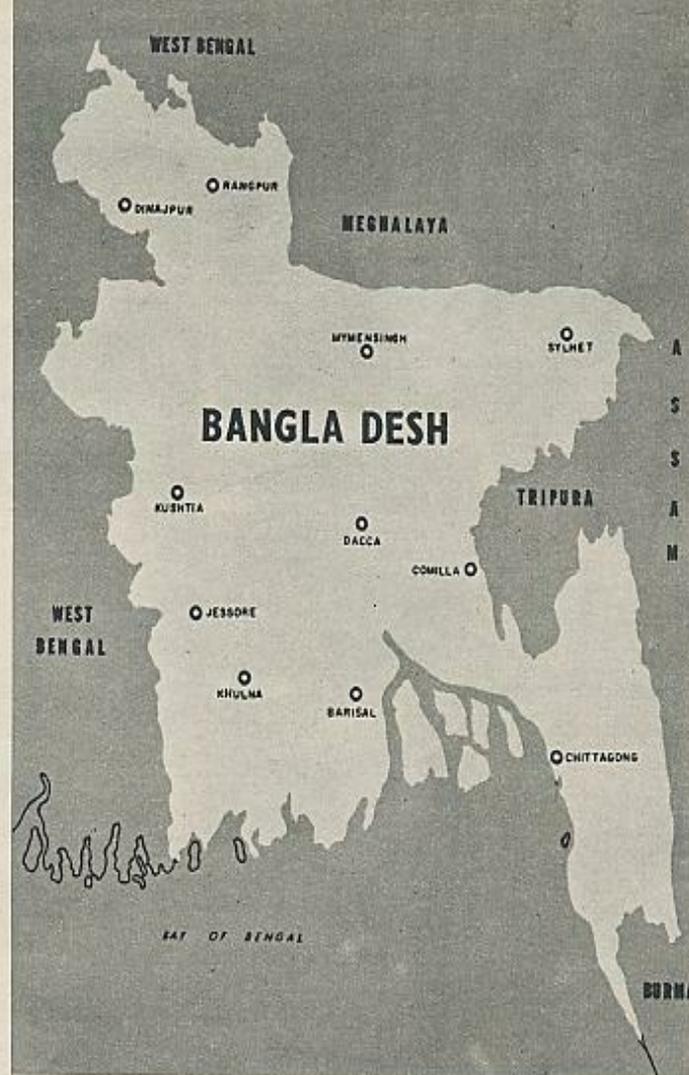
La urgencia por vengar a sus muertos era el primer movimiento de Bangla Desh como nación libre. Desde que había entrado por Bangaon en territorio bengalí, el relato de los horrores presidía todos mis diálogos. Casi todos mis interlocutores habían perdido a un familiar o un amigo. La cifra de muertos era escalofriante, iba de los 500.000 asesinados a los tres millones. Como

si todo el país fuera un inmenso Dachau, los Mukti Bahini (guerrillas de liberación) nos llevaban hasta las fosas para mostrarnos el resultado de los nueve meses de genocidio. Esqueletos, cuerpos mal enterrados y en descomposición. Los afluentes del Ganges y el Bramaputra arrastraban millares de cadáveres de bengalíes. Las aves de presa tenían carne en abundancia y los perros hozaban entre los cadáveres. Sobre el millón o dos millones de muertos surgía una nación, Bangla Desh.

Las represalias no se hicieron esperar. Pronto se vieron en la calle las primeras víctimas de entre los verdugos. Los «biharis», que habían cobrado veinte rupias, unas 200 pesetas, por la entrega de cada bengalí muerto. Son millón y medio en Bangla Desh. Proceden no sólo del Estado indio de Bihar, sino de otros puntos del subcontinente. Son de religión musulmana. Han hecho muchos de ellos, desde 1947, causa común con el Ejército pakistaní. De los grupos «biharis» se han nutrido también las filas de los «razakars», voluntarios para la represión. La venganza de los Mukti Bahini y la población ha caído sobre soldados, «biharis» y «razakars». Una revancha más sangrienta de lo que Indira Gandhi nos ha querido hacer ver. Desde la rendición de las tropas del general pakistaní Niazi, han muerto más de las veinte personas que la Gandhi anuncia a los corresponsales en Nueva Delhi.

La venganza ha sido abierta. En ella han participado hasta los niños. He visto, en Kulna, cómo despedazaban a docenas de «biharis». Sin afán de justificar estas muertes, hay que pensar, sin embargo, que, según cifras dignas de fe, la población de Kulna había quedado diezmada en un 30 por 100 en la masacre pakistaní. En la jungla se ha cazado a los colaboracionistas y a los soldados como se caza al tigre. Después, los Mukti han paseado los cadáveres de sus víctimas por las ciudades, para arrojarlos a los ríos o a las acequias.

Mientras el Gobierno de Bangla Desh, Gobierno provisional, puesto que el jeque Mujibur continuaba preso cerca de Islamabad, prepara sus maletas en Calcuta para volver a Dacca, los Mukti Bahini campan a sus anchas en Bengala. Las tropas indias han cubierto sus objetivos: liberar Bangla Desh. Esto le ha valido a Indira Gandhi una rentable fama de Juana de Arco. En una estrategia carambola ha conseguido la hija de Nehru que la India haga suyo el romanticismo de la victoria. Se habla estos días más de Bengala y del papel del Ejército indio que de los problemas inmediatos y de las parvas cose-



chas. La guerra de los catorce días ha sido, en realidad, un respiro. Con el final de Pakistán Oriental, la India ha logrado al mismo tiempo su sueño de los últimos veinte años: borrar del mapa el tercer frente. Ahora, el flanco oriental le es favorable.

Las guerrillas de liberación, los Mukti Bahini, controlan en estos momentos, política y policíacamente, la situación. Los soldados indios se dedican a reconstruir los puentes y restaurar las carreteras. Hay, por lo tanto, que analizar la composición de los Mukti Bahini para adivinar o entender de alguna manera el futuro de Bangla Desh. Les veo como soldados de una especie de garibaldismo asiático, con su halo romántico, en plena catarsis revolucionaria. Tienen de quince a veinte años. Van descamisados y son novatos en el arte de hacer la guerra. Pero han servido muy eficazmente de pantalla a la acción del Ejército del general Aurora. ¿Qué hay, pues, detrás de esta explosión de ardor juvenil, espíritu patriótico y nacionalista? ¿Hay una fuerza motriz ideológica?

—Ahora empieza la revolución para nosotros —es la frase más común que se escucha entre

todos los Mukti más politizados.

Quizá por eso no se avienen a entregar sus armas. El fusil, viejo a veces y oxidado, es su instrumento revolucionario, su razón de ser. Algunos fueron a la guerra como quien iba a un campamento de «boy scouts», pero los meses de combate en la selva virgen les han endurecido. La guerra ha dado un contenido político más claro a sus vidas. Muchos de ellos son miembros de la Liga Awami, el partido integrador de Mujibur Rahman, pero a su vuelta habrán comprobado que el programa de la Liga no les basta. La acción, la lectura y la reflexión, el contacto con una realidad muy distinta a la vida de Dacca, Jessore o Colilla, en sus colegios y Universidades, ha modificado de algún modo los planteamientos vitales y mentales de la juventud bengalí.

He encontrado, de cualquier forma, en mis conversaciones con los Mukti Bahini, a dos tipos muy distintos de guerrilleros: Uno, a quien la guerra le ha provocado un proceso de madurez y le lleva a pensar que los presupuestos ideológicos, inconcretos, pequeño-burgueses, de la Liga Awami no sirven. Ha aprendido a manejar un fusil y piensa que este apren-

dizaje podrá serle útil en el futuro. El otro es el Mukti Bahini más elemental, en estado de gracia. Ha ido a la guerra en un reflejo de defensa propia y como reacción contra las atrocidades cometidas por los pakistaníes. Su idea fija es acabar con ellos. Pero no ve más allá de esta interpretación primaria. Su ídolo, por puro acto reflejo sentimental, es el jeque Mujibur Rahman, en quien fija toda su confianza.

Estos jóvenes guerrilleros de Bangla Desh comenzaron por llamarse Mukti Fauj en el levantamiento espontáneo del 25 de marzo. Pero «fauj» es una palabra urdu que significa ejército. Poco después se cambió la denominación de Mukti Fauj por Mukti Bahini. Mukti Bahini es algo así como «organización guerrillera».

En los campos de adiestramiento de la India han aprendido los rudimentos de la guerra de guerrillas. Algunos de ellos conocen la geografía del país y guiarán a las unidades indias a través de los riachuelos y los puntos más frondosos de la selva virgen. Su organización ha sido espontánea y su potencia de fuego es, desde luego, limitada. Nadie sabe a ciencia cierta cuántos son. Su número oscila entre los 60.000 y los ciento cincuenta mil.

«Antes del veinticinco y veintiséis de marzo de mil novecientos setenta y uno —según me informa el comandante en jefe de los Mukti Bahini, Mohamed Osman— no teníamos intención de poner en pie un ejército. Surgió espontáneamente en la noche del veinticinco y veintiséis de marzo de mil novecientos setenta y uno, cuando el Ejército pakistaní lanzó su campaña para exterminar a los que consideraba responsables del movimiento secesionista bengalí».

El coronel Osman ha dicho también:

«Yo soy un soldado profesional educado en la tradición de que el soldado no debe de meterse en política. El diecinueve de marzo pasado, cuando comenzaron a extenderse rumores en torno a la intervención del Ejército pakistaní, el jeque Mujibur me pidió que me pusiera en contacto con oficiales veteranos bengalíes para alertarlos. Envié una circular secreta en tres puntos, que eran: no mezclarse en política, no permitir que nadie le desarme y, en caso de una represión, responder con la mayor rapidez posible. Si los pakistaníes hubieran limitado su acción contra determinados políticos, los bengalíes del Ejército y la policía se hubieran mantenido neutrales. Sólo cuando recibíamos información de que el Ejército pakistaní se preparaba a matar a los intelectuales bengalíes, nos levantamos en armas como un solo hombre. Así,

BANGLA DESH

el Ejército pakistani creó, sin saberlo, de la noche a la mañana, a los Mukti Bahini.

Predominan los hombres de Mujibur (Mujib le llaman cariñosamente los bengalíes) en los mandos de los Mukti Bahini.

En Jessore, el capitán Mansur me ha puesto en claro el color de los diversos grupos guerrilleros. Hay entre ellos soldados profesionales, unos 10.000. Son combatientes del East Bengal Regi-

ment o del East Pakistan Rifles, o también fuerzas de policía encargadas de mantener el orden. No intervienen en política, aunque han sufrido la discriminación de punjabís y patanes. Pero el grueso de las fuerzas de Bangla Desh está compuesto por los voluntarios Mukti Bahini. Son estudiantes y universitarios entre los quince y los veinte años de edad. Como he señalado más arriba, están algunos de ellos en

alguna medida politizados. Son socialistas a la manera india o comunistas, también a la manera india. Se han escindido en dos partidos y siguen al viejo líder pro-chino Basani, o al partido de orientación pro-moscovita del grupo de Muzzafar. Pero no son sólo estudiantes. Los hay que se han alistado en los Mukti Bahini al abandonar las fábricas o las factorías de yute (el yute es la principal fuente de divisas de

Bangla Desh). Otro grupo lo forman los Mujib Bahini, dirigidos por líderes estudiantiles como Terfail Ahmed y Huq Moni. Han constituido a lo largo de los catorce días de guerra una fuerza de élite.

Estos son, en líneas generales, los Mukti Bahini, a los que su coronel, Mohamed Osmany, prefiere llamar Gono Bahini, o sea, «guerrilleros del pueblo».

Al principio, eran fuerzas ex-



El jeque Mujibur Rahman, en un «baño de multitud», poco antes de la triste primavera de Dacca. A Mujib, como cariñosamente le llama su pueblo, le espera la dura tarea de la reconstrucción de Bangla Desh.



clusivamente musulmanas. Después se les unieron 3.000 hindúes. Todos ellos se han hecho soldados en un tiempo que ha oscilado entre una semana y mes y medio.

Sin embargo, estos soldados voluntarios que han dinamitado carreteras, líneas de ferrocarril, o puentes, para aislar al enemigo, son una gota de agua, 100.000 ó 150.000, entre el océano de los 75 millones de bengalíes. Al igual que en la India, el 80 por 100 de la población de Bangla Desh vive en las aldeas, en una economía de subsistencia. Sobre todo el idioma les ha insuflado una sólida conciencia de nacionalidad. Reaccionaron contra el Pakistán cuando éste, al estilo de una potencia colonial, les impuso el empleo de un idioma extranjero, el urdu de los punjabíes, de raíces arábicas. La batalla por la lengua bengalí, de raíces sánscritas, fue el primer paso en el movimiento nacionalista de Pakistán Oriental.

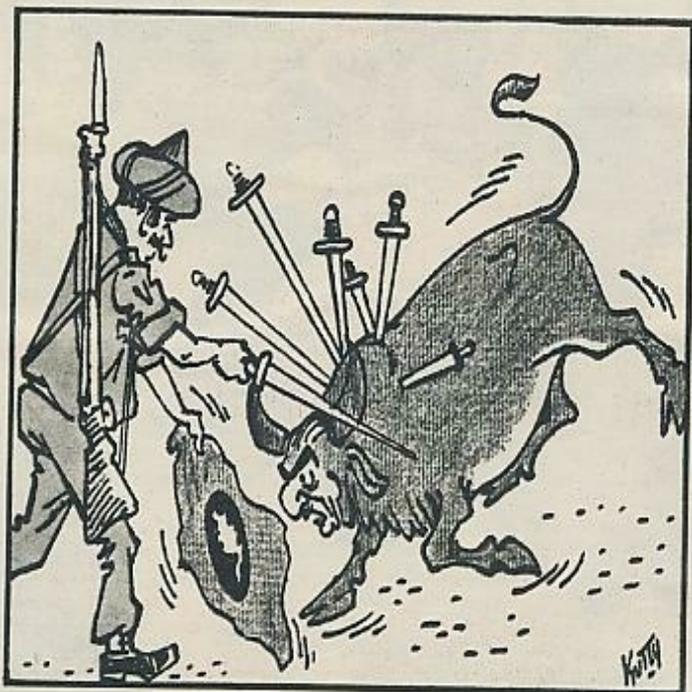
Los jóvenes estudiantes de Dacca y sus profesores (Mujibur Rahman entre ellos) se aprestaron a defender la lengua. Era el año 1948. El creador de la idea de los dos Pakistanes, fundador de la Liga Musulmana a la que pertenecía Mujibur, Mohamed Ali Jinnah, habló en Dacca el 21 de marzo de aquel año. Y dijo algo que decepcionó hondamente a los pakistaníes del Este: «El urdu será, en adelante, la "lingua franca" del país. El que diga lo contrario será considerado como enemigo del Pakistán».

Los primeros disturbios estudiantiles comenzaron en Dacca, a raíz de aquel desafortunado discurso de Ali Jinnah. Los que hoy forman en el Gobierno de Mujibur estaban ya por entonces con él en las revueltas callejeras. Mujib fue detenido y condenado. Puede decirse que en la defensa del idioma está la génesis del nacionalismo bengalí. Un tipo de nacionalismo surgido de las aulas de la Universidad de Dacca, como sus propios líderes. Un movimiento de origen burgués, como el partido del Congreso indio, y cuyo primer objetivo será, también en Bangla Desh, el logro de la independencia.

Mujibur Rahman, llamado «Bangla Bandhu», el «amigo de Bengala», ha pasado diez años de su vida en la cárcel. Pero sobre todo estos últimos meses en la prisión de Lialpur han aumentado su carisma entre las masas bengalíes. Como otros líderes del Tercer Mundo, Burguiba, Nehru, Mohamed V, Nkrumah, los meses de prisión no han hecho sino elevar su prestigio. Mujib, si logra el reconocimiento de los países del resto del mundo y pone orden en Bangla Desh, gobernará muy en contacto con la



Antes de su independencia, Bangla Desh conoció nueve meses de genocidio. Las cifras de muertos que se manejan van del medio millón a los tres millones.



Esta caricatura apareció al día siguiente de la rendición de Dacca en la primera página de un diario de Calcuta, el «Hindustan Standard». En ella se recoge al general Aurora, comandante en jefe de las fuerzas indias en Bangla Desh en el momento de la «suerte suprema», frente al toro con cabeza de Yahya Khan. El general Aurora, matador de Bangla Desh, cita al toro con una muleta que es la bandera de Bangla Desh.

masa bengalí. Maneja un lenguaje llano, al alcance del campesino. No desdeña el toque demagógico cuando lo cree preciso. Dice a su pueblo frases rudimentarias, sonoras y fácilmente asimilables, de una simplicidad hiperbólica: «Ellos tienen las armas. Pueden matarme. Pero que sepan que no pueden matar el espíritu de setenta y cinco millones de gentes de Bengala».

Dajtur, su secretario de Prensa, me ha hablado largo y tendido, con una admiración sin fre-

no, de Mujibur Rahman. Cree en él como administrador y como político.

El retrato de Mujib preside, desde antes de su liberación por Ali Bhutto, todos los hogares de Bengala. Su fotografía, la bandera verde, con un círculo rojo y el mapa en amarillo, y el himno nacional, son tres factores de nacionalidad estos días en Bangla Desh. Mujib ha pasado de la prisión al poder. Es un hombre de cincuenta y un años, de bigote y pelo encanecidos. Es de frente

despejada y usa gafas de concha gruesa. Es también algo moftetuoso y tiene doble papada y dientes blanquísimos. El primer ministro bengalí es ya abuelo. Su nieto se llama Joi. Cultiva rosas, como Adenauer. Nació en marzo de 1920 en Tangipara, en el distrito de Faridpur, de una familia de clase media. Sus primeros estudios los cursó en Gopalganj y su educación superior la recibió en Calcuta, en el Islamia College. Recibió en la cárcel sus diplomas de licenciado en Derecho.

He preguntado a Dajtur en qué momento comienza la carrera política de Mujibur.

—A los diecisiete años —me ha respondido—, cuando era aún estudiante. Fue encerrado por tomar parte en una manifestación.

Al margen de su origen burgués, hay un hecho fundamental en la educación política de Mujib: su afiliación a la Liga Musulmana de Ali Jinnah, junto a un hombre que con el tiempo sería primer ministro del Pakistán, H. S. Surawardy. En su época de estudiante en el Colegio Islamia, en Calcuta, es consejero de la Liga Musulmana. En 1941 apoya el movimiento del nacionalista bengalí Chandra Bose para derribar el monumento que perpetúa la tragedia del «Agujero negro» de Calcuta, donde fueron ajusticiados un buen número de ingleses a manos de los rebeldes cipayos. Pero cuando ya la partición se vislumbra en el horizonte político, Mujibur, activista de la Liga Musulmana, hace campaña en favor del partido durante las elecciones de 1946 para la Asamblea Provincial, en Sylet, al Norte de Dacca. Se trataba de obtener que los electores votaran por el Pakistán en el referéndum de 1947.

La ruptura de Mujibur con Ali Jinnah ya hemos visto que se produce en marzo de 1948, con la imposición por Jinnah de la lengua urdu. La Universidad de Dacca ha sido el núcleo focal de la larga marcha a la independencia. En la cárcel se entera Mujibur de que ha sido elegido secretario adjunto de la Liga Awami, el partido que había fundado junto con Surawardy. En 1954 es elegido Mujib para la Asamblea Provincial, y un año más tarde, para la Nacional.

La guerra de 1965 entre la India y el Pakistán ha puesto al descubierto el disparate geopolítico de Ali Jinnah, los dos Pakistanes. Durante los veintitrés días que dura la guerra, Pakistán Oriental ha perdido por completo el contacto con el Oeste. Se produce el colapso económico, y el «otro Pakistán» queda desamparado, indefenso. El jeque Mujibur afirma entonces: «Nuestro Gobierno combate por un refe-

BANGLA DESH

réndum en Cachemira, cuando lo que debe hacer es autorizar un referéndum aquí. Si lo hace, verá que el ochenta y cinco por ciento de la población me apoya».

En 1966 se registran los primeros síntomas de una apertura política en el esquema del poder, rigidamente militar, de Pakistán. Es el momento que Mujibur aprovecha para anunciar un programa de seis puntos para conseguir la autonomía regional de Bengala del Este. Su partido comienza a movilizar a la opinión pública. Le sobran argumentos. Las famosas 22 familias de Pakistán Oeste controlan dos tercios de la industria total. Las materias primas de Pakistán Este salen de los puertos de Chitagon hacia Karachi. El Oeste explota al Este. En el tifón que arrasa Pakistán Oriental, el Gobierno de Islama-

bad se desentiende de las víctimas. Desde abril de 1966, Mujibur visita la cárcel intermitentemente. En marzo de 1969 cae el Gobierno del general Ayub Khan. Otro general, Yahya Khan, trae al poder una apariencia de estrategia democrática. Anuncia elecciones generales sobre la base de: «un hombre, un voto». La Liga Awami va a las urnas con el programa de seis puntos, que pide una forma federal de Gobierno. La victoria de Mujibur es absoluta. La reacción de la Junta Militar es rápida, cruenta, a partir del 25 de marzo de 1971. Los hechos son conocidos a partir de entonces. El desplazamiento de diez millones de personas hacia la India, la guerra el 3 de diciembre pasado, la derrota del Pakistán, la independencia de Bangla Desh, la liberación de Mujibur Rahman.

El futuro de Mujibur Rahman depende ahora en gran medida del reconocimiento de los demás países, de una ayuda económica (se habla de que Bangla Desh necesita tres mil millones de rupias) bien administrada y de su capacidad de armonización de todas las tendencias. Es muy posible que el primer ministro siga los pasos de Indira Gandhi: adopción de medidas socializantes para frenar la impaciencia de los partidos de izquierda.

En cuanto a la posible unión de las dos Bengalas, la musulmana y la hindú, en un mismo Estado comunista no pasa de ser un anejo de política-ficción.

Sin embargo, es una pregunta muy frecuente estos días entre los observadores occidentales. Voy a responder a través del profesor Muzaffar, presidente del

Partido Nacional Awami, pro-moscovita:

«La casta hindú no aceptaría de ningún modo una Bengala Unida por temor a la dominación musulmana. Yo no veo ninguna posibilidad de una Bengala Unida». Es la tesis que mantiene el hombre de la calle en Calcuta. La frontera se ha abierto de nuevo, y se reanudan los intercambios comerciales y culturales entre las dos Bengalas. El director de cine Satyajit Ray me ha dicho que es el momento de enviar sus películas a Dacca «porque hablamos el mismo idioma». Los altos industriales de Calcuta piensan, por su parte, en el té y el yute de Bangla Desh. Pero nadie cree, al menos por ahora, en una Bengala unida. Tendrán que caer antes las barreras religiosas. ■ M. L. (Fotos del autor.)

Los tres factores de nacionalidad en los días primeros de Bangla Desh han sido el himno «Sonar Bangla» («Bengala Dorada»), que utiliza como letra un poema de Rabindranath Tagore; los retratos del jeque Mujibur Rahman y la bandera (verde, con un círculo rojo y el mapa en amarillo).

